

zando a largos pasos el corredor delantero de la casa, hasta donde el sol del mediodía se entraba arbitrario y sofocante».

Hay en la novela una figura de exquisita ternura humana: es el episodio en que doña Bondad de Milagros, ante el terror de la revolución que acaba de estallar despide a los chicos de su escuela, a cada uno con un beso y un «hasta mañana», si Dios quiere».

El Dr. Albaos se marcha de la capital en compañía de la mujer que lo ama, renuncia al empeño de civilizar aquel pedazo de tierra, nido de víboras, cegando la Charca del Conde en cuyo fondo fermenta el virus que mata las almas y el organismo de aquellos hombres, condenados para siempre, en un infierno dantesco, antes de morir.—MARIANO LATORRE.

DEL LIBRO DE LOS APÓLOGOS Y DE OTRAS COSAS ESPIRITUALES,
por Santiago Argüello.—Guatemala. C. A.

Patrocinadas por el Presidente de la República de Guatemala, han empezado a editarse en ese país las obras completas de don Santiago Argüello, escritor de tal nacionalidad. Ya han aparecido «*El Divino Platón*» en dos tomos, «*La Magia de Leonardo de Vinci*» y el libro cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas y que ha llegado hasta la Redacción de «Atenea».

Según suponemos, don Santiago Argüello pertenece a la generación de escritores de Rubén Darío o a la inmediatamente posterior. Debemos confesar que lo conocíamos apenas de nombre. Tal vez, si mal no recordamos, cuando éramos estudiantes en un lejano liceo de provincia, hace ya quince o más años, en los libros de lectura de esa época, aparecían versos de este escritor. Es primera ocasión ahora la de tener un volumen suyo en nuestras manos.

A manera de prólogo vienen unas «frases explicativas»:

«En este libro hay toda la apariencia de una ligera miscelánea.

Pero es sólo apariencia.

Más bien dicho, según los ojos que lo leen.

Porque hay ojos y ojos. Unos, que sólo leen las letras. Otros, que saben leer tras de las letras. Estos últimos se hallan siempre seguros de que hasta en el ala de una mariposa se puede deletrear a Dios.

Así, este libro será, para unos, sólo eso: ala de mariposa; pero otros hallarán tras lo frágil, alma de Eternidad.

Leed atentamente este libro, etc.»

Hemos seguido ingenuamente este consejo; pero, sólo hasta cierto punto del volumen. A los apólogos les siguen versos, a éstos, ilustraciones. Y así en forma sucesiva hasta llenar más de trescientas páginas. Los primeros—los apólogos—sin gran originalidad, como los segundos; las ilustraciones, de un señor Camacho, pésimas, como las que en cierta época «adornaban» las obras publicadas por la Editorial Maucci, de Barcelona. No hay necesidad de cumplir el consejo después de leídas unas cuantas composiciones. Cambia la anécdota, tanto en el apólogo como en el verso (son todos versos anecdóticos); cambia el sentido moralizante, la moraleja, la consecuencia aconsejadora, es cierto. Pero el lenguaje siempre igual en su pareja mediocridad, sin grandes destellos, sin grandes caídas, a menudo tan vulgar como la arquitectura temática.

No quisiéramos ser drásticos; pero, en este libro, no encontramos «ala de mariposa» ni «alma de Eternidad». No es frágil ni profundo, no es alado ni agudo. Al contrario, es pesado, aburrido, monótono y si no superficial, pues existen varios aspectos que indican seriedad y honradez en el autor, tampoco hay penetración de pensamiento, intensidad escrutadora, dimensión psicológica, calidad filosófica. Algunos motivos son hermosos, pero están explotados sin grandeza, inferior la expresión al sentido ideológico o moral. Mucha estatura de sentimientos, de muy buenos sentimientos, de excelentes intenciones; más escasa presencia artística, casi inopia de belleza y de crea-

ción. «Con buenos sentimientos se han escritos muchos libros malos» ha dicho André Gide, razonablemente, porque en este aspecto de los sentimientos no se puede desconocer que don Santiago Argüello es una persona opulenta. Su obra está repleta de generosas aspiraciones, de gran bondad y de muy eufóricos consejos, de conclusiones morales muy dignas de alcanzar un elogio. Desgraciadamente, casi nunca la literatura tiene relaciones con estas cosas. O felizmente.

Vamos a transcribir dos composiciones características y que demuestran, mejor que nada, la modalidad de don Santiago Argüello, que es posible satisfaga todavía a algunos individuos:

LAS DOS MINAS

Dijo la mina de cobre
a su hermana la de oro:
—Tienes, hermana, un tesoro,
y yo soy pobre.

Y, a punto que la escuchó,
la de oro le contestó:

La perfección con que se obre
es el único tesoro.
Si haces mal oro, eres cobre;
si haces buen cobre, eres oro.

NO TE IMPACIENTES NIÑO

Dicen que un niño se halló un huevo.

Y como en su casa había una gallina, al punto pensó sacar un pollo del huevo que tenía.

Y echó sobre el huevo la gallina.

Y cada día se acercaba a mirar como iba el huevo. Cada día más calentito. Había veces que pensaba que ya el polluelo se movía. Y entonces, se decía. «Que ganas tengo de que nazca el polluelo».

Y no dejaba de venir a mirarlo, por más que la gallina parecía irritarse.

Mas, como pasaran tantos días sin que el pollo naciera, se impacientó el muchacho.

Y, decidido al fin a acelerar el nacimiento, apartó a la gallina y cogió el huevo dispuesto a hacer de ginecólogo, a despecho de lo hirsuta de cólera que estaba la madre empolladora.

Y dicho y hecho. Metió la uña en el huevo, que se abrió en dos pedazos. Y el polluelo, que apenas se hallaba a media forma, quedó al punto sin vida entre las manos del compungido chico.

Y cuentan que en ese instante se le acercó su padre, quien, al mirarlo triste, aprovechó la coyuntura para darle un consejo:

—El éxito de la vida—le dijo—no consiste en correr sino en llegar a tiempo. Para otra vez, recuerda que cuando ya el polluelo tiene pico, el solo rompe el cascarón.

La presentación material de la edición es excelente.—A. T.